



EDICIÓN ESPECIAL

DÍA INTERNACIONAL DE LA MADRE TIERRA



ABRIL DE 2022



FORO FILOSOFIA
Tu entretenimiento, tu bienestar
y tu desarrollo personal
proporcionado por la DNU



NUEVA ACRÓPOLIS
UNIVERSIDAD DE LAS CIENCIAS

Del 18 al 23 de abril
www.nueva-acropolis.com

SUMARIO

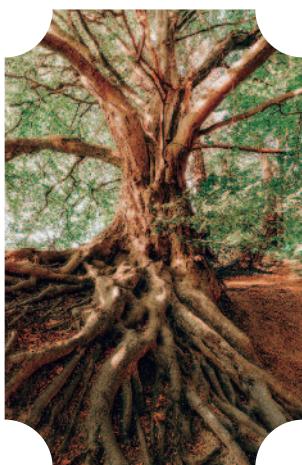
GEA: la madre de todos,
esencia de toda simiente



4

YGGDRASIL:
el árbol como
imagen del universo

16



9

La «diosa de las serpientes»
minoica: el culto ancestral a
la Gran Madre



**EL RESPETO
A LA TIERRA:**
una nueva
forma de vivir

24



¿CUÁNDΟ PERDIMOS
el vínculo con la Madre Tierra?

34 Una nueva relación con la
NATURALEZA



39

Tierra
Arrasada





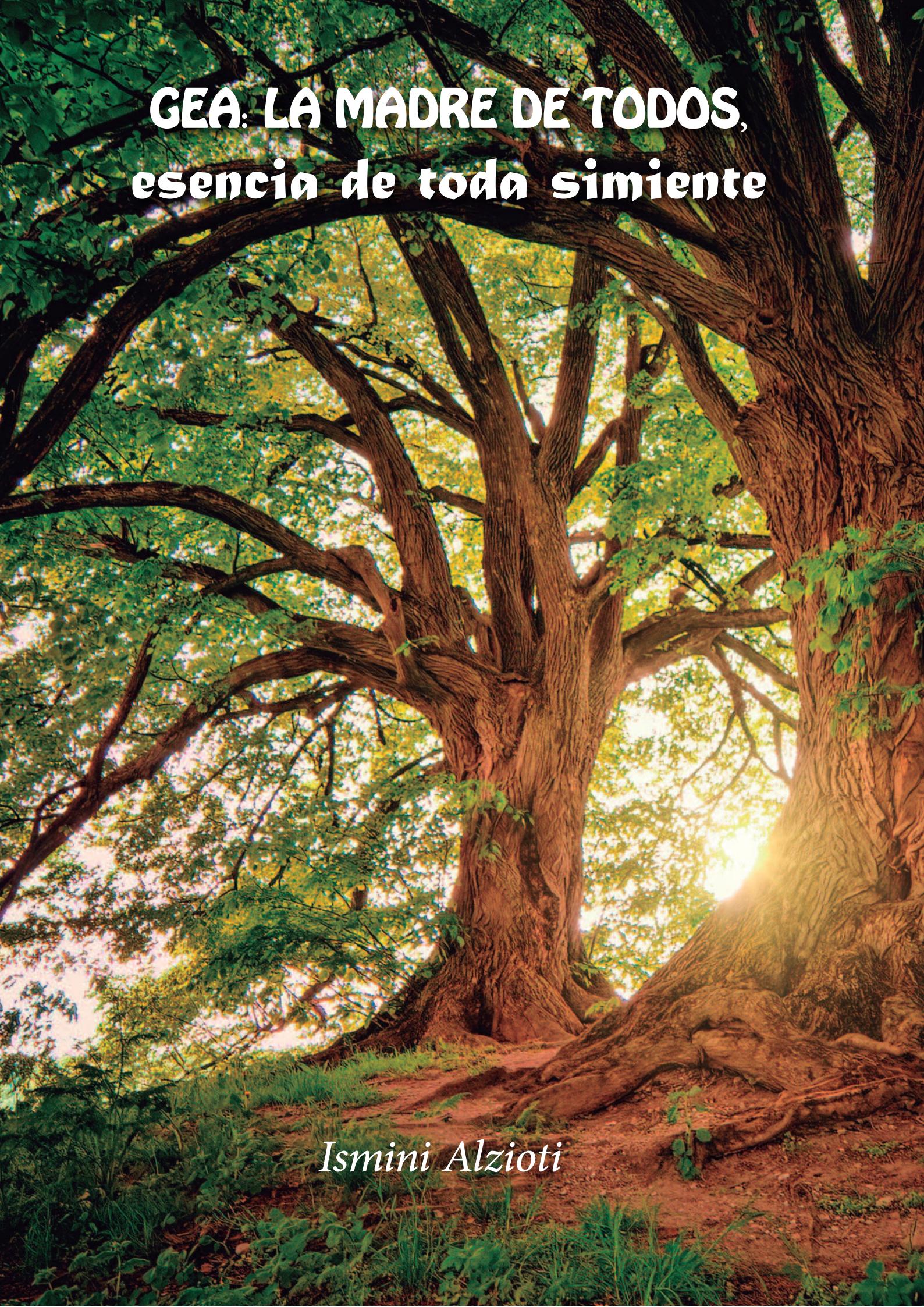
Editorial

Un Día de la Madre Tierra

Los que conformamos Esfinge nos hemos sumado a la propuesta de Naciones Unidas para conmemorar en abril el Día Mundial de la Madre Tierra, dedicando nuestro espacio a albergar las reflexiones de nuestros colaboradores.

Lo más destacable del resultado que hemos obtenido es la variedad y riqueza de las perspectivas y enfoques de los trabajos presentados. Esta variedad es casi insólita, pues a menudo observamos que se reducen las posibles maneras de abordar algo tan fundamental como la relación de los seres humanos con la Naturaleza, que es uno de los nombres que le damos a la Madre Tierra. No hemos obviado en ningún caso los apremiantes problemas que se revelan cada vez más graves en todo el mundo, en lo que consideramos como medio físico, con las secuelas del envenenamiento del aire, la contaminación de los mares y espacios protegidos, el cambio climático y sus temibles consecuencias y otras muchas. Pero nos ha parecido conveniente completar esa visión reduccionista. En ese sentido, nuestros colaboradores no han olvidado la importancia de lo simbólico para tener en cuenta el tratamiento que se debería dar de tan inminentes desastres. Observan la generalizada sacralización del medio natural en la práctica totalidad de las culturas actuales y pretéritas. Que la Madre Tierra sea considerada sagrada sería, quizás, una primera medida para preservarla.

El Equipo de Esfinge



GEA: LA MADRE DE TODOS, esencia de toda simiente

Ismini Alzioti

(Texto extraído de
La naturaleza del mito más allá de la mitología griega
de E. J. Ríos)

Gea es una divinidad primordial. Es la personificación de la tierra, se la considera la Gran Madre de todo lo creado, pues es el origen de todo ser o ente viviente y la que proporciona su manutención. Es la primera deidad, la que da a luz a Urano, y a los titanes, cíclopes y hecatónquiros, y además, gran parte de las divinidades olímpicas son sus descendientes.

Gea es comúnmente representada como una mujer «de amplio pecho», voluminosa y de robusta compleción, que surge del suelo con las manos extendidas.

Hesíodo, en la *Teogonía*, hace de Gea la protagonista de la castración de Urano, en alianza con su hijo Cronos. Los genitales de Urano cayeron finalmente al Ponto, y el piélago los contuvo a la deriva durante mucho tiempo; alrededor surgía una espuma blanquecina de donde nació una doncella. Esta siguió flotando hacia Citera hasta que llegó a las costas de Chipre. Allí salió del mar la diosa Afrodita.

Luego, cuando Cronos desafió a su madre encerrando a sus hermanos, los cíclopes y los hecatónquiros, Gea favoreció a Zeus para derrocar al titán. Sin embargo, pasado el tiempo, Gea se subordinó al reinado de su nieto Zeus, e incluso le aconsejó cuando este obtuvo a su primera esposa, Metis (prudencia, astucia), ya que le advirtió de que estaba predestinado a ser destronado por el hijo que tuviera con ella. Zeus, al escuchar esa profecía, actuó igual que su padre Cronos, quien devoraba a los hijos que tuvo de su esposa Rea apenas nacían, de modo que Zeus engulló a Metis estando ya encinta. Cuando llegó el momento de dar a luz, Zeus hizo que el vástago concebido con Metis, Atenea, surgiera de su propia cabeza, revirtiendo así los efectos de la fatal profecía de Gea.

Gea era considerada una deidad precursora en el arte de la profecía. De hecho, al parecer era Gea quien presidía el oráculo más antiguo y célebre del mundo griego, el oráculo de Delfos. Como sabemos, cerca de Delfos, sobre el monte Parnaso, había una gruta donde vivía una serpiente llamada Pitón, también hija de Gea. Esta serpiente estaba encargada de custodiar el oráculo. Apolo mató a la serpiente y reclamó para sí el oráculo. Este, según Fonterose, no era otro que la mismísima Gea, quien entonces mandó a los espíritus del sueño a aquellos que lo consultaban para dificultar el oráculo.

Sin embargo, también es muy posible que Gea se haya adorado, en un primer momento, en terrenos agrietados, al borde de los acantilados o quizás al borde de volcanes inactivos; recuérdese la relación que mantenían sus hijos nacidos del Tártaro con estos. Además, los vapores que desprenden pudieron haber sido considerados como las emanaciones de donde surge la inspiración divina. Quizás la concavidad volcánica pudo haber sido emulada por los calderos que sostenía el trípode sagrado, de donde la sacerdotisa obtenía el oráculo. También se piensa que los oráculos eran transmitidos a los que estaban destinados para interpretarlos por incubación, es decir, dicha revelación era dada por medio de sueños que se producían durante un ritual que consistía en permanecer toda una noche acostado sobre la tierra, tras haber invocado las fuerzas telúricas. No obstante, Gea es considerada también una diosa ctónica y, como tal, seguramente debió de ser invocada, como los demás dioses del inframundo, en bosques, lagos, montes, grutas, etc. Estos lugares son mencionados con frecuencia por los poetas. Su culto parece haberse extendido por toda Grecia; se sabe que se le erigieron templos y altares en Atenas, Esparta, Delfos, Olimpia, Bura, Tegea, Fliunte y otras ciudades.

Madre de cuanto existe

En el *Himno homérico* se da un tratamiento homogéneo a Gea como Madre de la Naturaleza, como «Madre de todo cuanto existe». Es el aspecto de la Diosa Madre, de la cual sabemos que muchas de sus características se habían venido abonando desde tiempos prehistóricos, desde aquellas famosas figurillas del Paleolítico hasta bien entradas las épocas de civilizaciones metalúrgicas como la llamada Edad del Bronce. Son muchas las culturas y civilizaciones que adoraron a una diosa única como una noción de la «esencia universal de la naturaleza». Esta concepción comprende las múltiples características que poseían las diosas madres, principalmente como diosas de la fertilidad, pero también de la virginidad, de la abundancia, de la cosecha, de los bosques y de los lagos sagrados, de las estaciones, de los períodos lunares, de la menstruación, de los partos; en fin, de todo principio femenino. Y muy comúnmente, este principio femenino, en las mitologías del mundo, la imagen de la Diosa Madre, comulga, de una u otra forma, con el principio masculino.

Estas características las vemos repartidas en la multitud de diosas del panteón griego. Por ejemplo, Afrodita, Hera y Rea se asimilan a estos principios de la fertilidad, la maternidad y el nacimiento. Pero también podemos observar en diosas como Artemisa, Hécate y Atenea ese otro aspecto de la feminidad: lo virginal, el espíritu de lo primitivo y el dominio de lo salvaje en Artemisa y Hécate, pero también la justicia que encarna Atenea. Sin embargo, estas mismas diosas, tampoco se alejan o «descuidan» el principio pasivo que se les atribuye por antonomasia, pues tanto Artemisa como Hécate son protectoras del parto, y a la diosa Atenea se le atribuye la invención de todas las artes y trabajos mujeriles. Esta disposición doble de los caracteres masculino/femenino, activo/pasivo, profano/virginal que muestran estas diosas muchos estudiosos lo han acuñado como un principio mediador exclusivo del espíritu femenino.





Sin embargo, hay una característica que pareciera serle propia y que todos los himnos que se han elevado en su honor le atribuyen: el papel que cumple como madre nutricia, su capacidad de brindar bienestar a partir de todos los frutos y materiales que nos brinda. Sin embargo, aquellos aspectos que mencionábamos sobre el rol pasivo y activo que arrostra, no dejan de estar presentes, incluso el carácter multiforme de evocar, reunidas en la sola figura de Gea, a muchas otras diosas que encarnan los diversos dones que se le adjudica a esta diosa ctónica.

En un himno órfico, encontramos otro epíteto que se le otorga a Gea, «*polipikoilos*», que significa ‘multiforme’, y muy bien podría referirse a los «cambios» que sufre la tierra. Pero, con todo, no restaría sentido a lo que indicamos, puesto que los cambios de la tierra, sobre todo los referidos a las estaciones, también han sido contemplados por otras diosas del panteón griego, como Deméter y su hija, también diosa ctónica, Perséfone.

La que da frutos

Ambos himnos (homérico y órfico) colocan como atributo principal de Gea la capacidad de dar frutos, pero también resaltan la naturaleza destructora de la misma, conteniendo así sus dos aspectos, pero estos himnos presentan, además de la idea de Gea como diosa múltiple, una de las características esenciales del pensamiento órfico en cuanto a la prohibición de comer ciertos alimentos considerados espurios por los iniciados en sus misterios. Los órficos tenían otro tipo de cosmogonía; aunque relacionadas, difieren en muchos puntos con las concepciones mitológicas de Hesíodo y Homero.

De hecho, los órficos casi siempre concebían como divinidades primordiales a aquellas marginadas por la *Teogonía* hesiódica. Además, se observa en ellas gran influencia de

cosmogonías y teogonías orientales, ya que concebían como principio de todo al «huevo cosmogónico», idea encontrada en mitos como el de Pan-ku de la antigua China, o el Hiranyagarbha o «útero de oro» de los hinduistas. Otra idea de los órficos fue la de concebir el elemento agua como principio primordial, algo que observamos también en el mito de Nun de los antiguos egipcios, que, por cierto, también lo relacionaban con la «nada» o una «noche caótica», es decir, un elemento privado de materia, de donde posteriormente salió el «océano cósmico».

Ciertamente, en las cosmogonías órficas, son muy pocas las referencias que tenemos de Gea como *Protagenoi*. Otras cosmogonías órficas referentes al agua y al huevo cósmico como principio, introducen a Gea como un *Protagenoi*, pero siempre precedida por otros que la constituyen, ya sea originada a partir de agua y su propia sustancia, o de una de las mitades del huevo primordial. Las cosmogonías órficas podrían considerarse un entramado complejo de mitos que comprenden una serie de simbólicas alegorías que cumplen alguna función específica en sus misterios, pero todo ello con material mitológico de fuentes hesiódicas y homéricas.

En un fragmento de Atenágoras aparece una demostración de la antigüedad de los mitos órficos respecto al origen de los dioses griegos, el cual se opone a la génesis de Hesíodo. Estas diatribas entre órficos y el poeta tradicional de la *Teogonía*, evidentemente, transparenta una imposición por parte de los órficos para hacer valer sus doctrinas. Sin embargo, hay que reconocer que lograron influenciar a muchos poetas y pensadores, como Platón y Pitágoras.

Lo que debemos destacar es la preponderancia que tiene Gea como diosa de la naturaleza, y también su condición de madre nutricia, lo que la llevó a cumplir otros roles. La tradición mitológica respecto a la diosa Gea continuó, sin embargo, diferenciándola del resto, e incluso siguió su veneración, sus cultos y sus rituales. De hecho, es tan sólida su figura individual como diosa que pasó como legado a Roma como la diosa Tellus. Además, estaba relacionada con Cibeles, ya que esta diosa presidía las cosechas de cereales y granos, al igual que Deméter. Por tanto, los romanos la honraban durante las celebraciones agrícolas y también invocaban himnos en su honor.

En general, el mundo antiguo no dejó de personificar de uno u otro modo a la tierra, hasta que, aproximadamente en el siglo XII, hizo irrupción el cristianismo y comenzó la desmitificación de la tierra, destruyendo sus cultos, sus ritos, sus efigies sagradas e imponiendo sobre todas las culturas la imagen de la Virgen María en su lugar, la cual también es, en esencia, la misma imagen de la diosa Gea, llamada ahora «Reina del Mundo» o «Reina del Cielo», pero reñida completamente con el atributo primordial de Gea: la fecundidad. Por tanto, les resultaba «pecaminosa» y debía ser abolida para siempre y, en cierta medida, lo lograron, pues ya nuestra civilización occidental no mira a la Tierra como un ente vivo y sagrado, sino que la explotamos y degradamos incoscientemente como si «eso» fuese materia muerta.

No obstante, sabemos que aún hoy día, entre los hombres tribales, como los aborígenes de Perú, Ecuador, Bolivia, Chile y otros países sudamericanos donde se le rinde culto como la Pachamama, la Madre Tierra cumple la misma función de antaño de ser la proveedora de alimentos, pero, lo que es más importante aún, siempre se comprende, entre esas sociedades, como un ente vivo y por tanto sagrado. Somos nosotros, las personas «civilizadas», las que debemos aprender de esas sociedades y recobrar el valor sagrado de la naturaleza: solo una personificación del planeta puede devolverle al mismo, mejor dicho, a la misma, una identidad sagrada, a fin de que sea posible establecer una nueva relación entre los seres humanos y el mundo natural, ese mundo que tantas veces «damos por hecho».

LA «DIOSA DE LAS SERPIENTES» MINOICA

el culto ancestral a la Gran Madre



M.^a Paz de Benito Alvarado

El culto ancestral a la Gran Madre, a una diosa que lo abarca todo, cielos y tierra, es común a prácticamente todos los pueblos desde sus inicios prehistóricos. En términos generales, es tanto la Naturaleza y Gran Matriz, que supone el principio femenino de fertilidad, alimento y hogar, como la materia primordial –en el plano metafísico–, que se verá fecundada por el principio masculino del rayo, de la luz, de la fuerza que pone todo en movimiento.

La Gran Madre supone, a la vez, vida y muerte, pues responde a la ciclicidad necesaria para la renovación, para la transformación. Con ello procura la purificación y el renacimiento. Hace evolucionar.

En Creta y la cultura minoica, ella es también la Señora del Laberinto y, por extensión, del Hacha Doble. Ella guarda los misterios de lo que no se ve; de las leyes, procesos y mundos escondidos, tanto en su interior –sea telúrico o celestial– como en la voluntad de los que, blandiendo el hacha, buscan penetrar en su interior. Penetrar en esos misterios supone abrirse camino dentro del oscuro laberinto con la voluntad vertical de un «hacha interior».

Los investigadores se encuentran ante la gran dificultad de establecer un orden en las creencias y cosmovisión de la Creta minoica debido a la falta de fuentes, y también al hecho de que su escritura no ha podido ser descifrada hasta ahora. Pero lo que sí está claro es que existía un culto centrado en una gran deidad femenina, heredada de tiempos paleolíticos, que contiene todo lo existente y que, al mismo tiempo, aparece bajo diferentes caras: las facetas de sus múltiples aspectos.

Podemos considerar la cultura minoica como una adaptación de la cicládica, con influencias del Cercano Oriente, desde la península de Anatolia. Pero al mismo tiempo —de acuerdo con mitos y numerosos paralelismos de símbolos y características—, ha quedado demostrado su parentesco con Egipto, tan cercano geográficamente hablando. La Creta minoica fue una cultura pacífica, en contacto comercial con civilizaciones circundantes, por contraposición a la civilización guerrera de Micenas. La falta de referencia escrita sobre gobernantes o reyes conocidos en Creta contrasta con los grandes y conocidos caudillos micénicos.

En general, en la religión minoica no se representa a divinidades y, por ello, no existen estatuas de culto hasta época relativamente reciente. Tampoco existe —o conocemos— un «panteón» divino con «familias» de dioses. Esto no quiere decir que no existieran figuras masculinas, fueran reyes o deidades, pues sí aparecen en frescos y sellos que los representan, pero, igual que no representaban a la divinidad personalizada, tampoco se aprecian distinciones de personajes específicos, por lo que es difícil saber ante qué figura estamos.

Así pues, también nos encontramos con el reto de no saber «quién es» la famosa «diosa de las serpientes» cretense, pues no se puede decir con seguridad si representa a una sacerdotisa, una chamana dominando ciertos poderes o una adoradora de esos aspectos, o si se trata de una divinidad concreta.

En este sentido, ofrecemos aquí una interpretación de los símbolos y características que la acompañan, ayudándonos de estudios comparativos.

Las llamadas «diosas de las serpientes»

Se llama diosas de las serpientes a varias estatuas de cerámica vidriada encontradas en Cnosos. Han sido datadas aproximadamente hacia 1600 a. C. Fueron encontradas por un equipo de arqueólogos dirigidos por Sir Arthur Evans en 1903, el gran descubridor de Cnosos, en una estancia del ala oeste del palacio de Cnosos apodada Tesorería Sacra. Actualmente se hallan en el Museo Arqueológico de Heraklion en Creta.

La más famosa de ellas mide 29,5 centímetros de altura. Es una figura femenina ataviada con un vestido largo, de estrecha cintura y con un corpiño que deja el pecho al descubierto. En cada mano sostiene una serpiente y, actualmente, lleva encima del tocado un felino, que originalmente no existía.

Esta estatuilla, en un principio, fue denominada Adoradora sin cabeza por ser de menor tamaño que la otra estatua, a la que denominaron Diosa de las serpientes. La estatua de la Adoradora fue hallada sin la cabeza y sin el brazo izquierdo y fue «reconstruida» (inventada) por el equipo de Evans tomando como referencia la otra estatua mayor. Esta última lleva tres serpientes enroscadas: en la cintura y en las manos. Inicialmente le faltaba la parte inferior de la falda, que también fue reconstruida tomando como referencia otras figurillas halladas en las excavaciones.

La llamada Adoradora

Se presenta como figura exenta y de bulto redondo. Aparece ataviada con el típico traje cretense: una falda de volantes que le otorga un aspecto campaniforme. Según algunos expertos, cada uno de los siete volantes tendría un significado, como por ejemplo los siete



planetas conocidos por entonces, los siete días que componen cada una de las fases de la Luna, u otras posibles interpretaciones, que nos llevarían más allá de este artículo, pero que apuntan a una concepción septenaria del cosmos.

Sobre la falda lleva una especie de mandil con incisiones geométricas en filigrana romboidal (¿de tipo pisciforme?); en el torso, un ceñido corsé de media manga que deja sus senos al descubierto, muy probablemente en referencia a la fertilidad y el alimento que proporciona la Gran Madre.

Tiene los brazos alzados, la postura ritual típica minoica de adoración. Cada mano sostiene una serpiente ondulándose, y sus cabezas miran hacia afuera. Se han interpretado de muchas maneras: como alusión a los opuestos de vida/muerte, al poder de la diosa como principio y fin de todas las cosas, a las corrientes de vida que fluyen desde sus entrañas, a las fuerzas telúricas, etc.

El rostro, en su «reconstrucción», quedó adusto, con los ojos almendrados y la nariz recta; la boca de gruesos labios. Sobre el tocado de la cabeza se puso un felino, uno de sus animales sagrados que la custodian, o bien uno de los aspectos bajo los que aparece. Se le dio una expresión más bien atemorizadora, al contrario de la expresión de la otra diosa con su faz original, que exhibe una dulce sonrisa.

Aspectos simbólicos

En la civilización minoica seguía viva la tradición de una divinidad femenina arcaica, de origen prehistórico, que continuó tanto en el Neolítico como en la Edad del Bronce: la Gran Madre Potnia, «la Señora», en la que todo se englobaba.



Potnia es un término micénico, heredado luego por el griego antiguo con el mismo significado, que tiene un paralelo exacto en el sánscrito *patnī*, ‘señora’.

Sus numerosas representaciones han llevado a decir a algunos autores que la cultura minoica habría sido de tipo matriarcal. Pero lo cierto es que sí hubo reyes y/o gobernadores. El elemento masculino de la divinidad es el Dios Joven, símbolo solar de luz, de vigorización; de la vegetación, que nace y muere cada año, y que se une a la Diosa Madre en hierogamia o sagrado matrimonio. Es el «compañero» de la diosa, que puede ser interpretado como un dios o como un iniciado en sus misterios.

La divinidad masculina está representada, en ocasiones, flanqueada por animales salvajes, como señor de las fieras. Al respecto, hace poco se publicó en castellano una de las obras de la prestigiosa arqueóloga Nanno Marinatos: *La Diosa del Sol y la realeza de la antigua Creta*, en la que apoya la sugerencia de Evans: que los reyes minoicos eran, a la vez que reyes, sumos sacerdotes, y por tanto ostentaban también el poder religioso y eran responsables de los ritos.

La diosa incorpora o aparece bajo diferentes aspectos, que se reconocen según los elementos que la acompañan: felinos (generalmente leones), la paloma, la amapola, el lirio, el espejo, la montaña, el templete, el cetro, la lanza, el escudo, la serpiente, la crisálida (como gestación de su hijo, Zeus-Velcanos o Zeus-Niño, el Zeus prehistórico), etc. En el mismo palacio de Cnosos se encontraron algunas tablillas y sellos que hacen referencia a la Señora del Laberinto, generalmente acompañada del hacha de doble filo.

Los senos descubiertos

«La Señora», como una evolución de la diosa neolítica de la naturaleza y la fertilidad, conserva entonces el símbolo que viene desde la prehistoria: los senos descubiertos (ver las llamadas Venus prehistóricas, con sus protuberantes signos femeninos de fecundidad). Por lo tanto, puede aparecer como señora de las fieras, como diosa de las montañas, como dama de las serpientes, etc.

Por lo demás, la frecuente representación de figuras femeninas con el pecho descubierto refleja el hecho de que era una forma natural de vestir de las mujeres cretenses, igual que, por ejemplo, sucedía en Egipto.

Los brazos alzados

La representación más frecuente de la diosa, o de sus adoradores, es con los brazos alzados en saludo ritual.

Este gesto está reflejado también en los que Evans llamó «cuernos de consagración». Es decir, se trata de la postura ritual que imita, con los brazos, el objeto o símbolo sagrado en forma, aparentemente, de cuerno. Supuestamente representa «los cuernos de un toro sagrado». Arthur Evans llegó a la conclusión de que «los cuernos de consagración [eran un] artículo más o menos convencional del instrumental ritual derivado de los cuernos reales del toro sacrificado».

El símbolo de los cuernos de consagración recuerda también a un jeroglífico egipcio, el del Ka, que es una referencia a Heka, dios que personifica la magia o la fuerza divina del universo en Egipto.

En cambio, otros autores, entre los que se encuentra Nanno Marinatos, han relacionado este símbolo con un ideograma egipcio parecido, y han sugerido que no son cuernos de toro, sino montañas, o montículos, a modo del jeroglífico egipcio Ajet, que simboliza el lugar donde el sol sale o se pone entre dos colinas: la «montaña con el sol naciente». Es un ideograma para «horizonte», y se entiende como lugar de transición para los dioses y los muertos.

En todo caso, en Creta se representan los templetez alzados sobre montículos, las acro-polis, desde donde se manifiesta la divinidad o se la convoca para que proteja la ciudad.

Los cuernos de consagración de piedra colocados sobre el tejado de los edificios, o en tumbas o santuarios, son signos de la sacralidad de la construcción y lo que contiene.

El símbolo aparece a menudo acompañado de hachas dobles y bucráneos, que forman parte de la iconografía del ciclo minoico taurino. Aquí debemos tener en cuenta que «sacrificar al toro» puede referirse –también en otras culturas– al símbolo/ritual de superar o dominar las fuerzas brutas inferiores, como son los instintos ciegos, en contraposición a la inteligencia, a lo que instaura orden.

De ahí que no falten los que consideran que estos cuernos de consagración puedan referirse también a una esquematización (en espejo) del hacha bifaz, por su perfil.

Las serpientes

En estatuillas, vasijas y frescos cretenses, aparece la serpiente enroscada en los brazos, portada en las manos, alrededor de la cintura, que es punto de unión, e incluso formando nudos en la espalda. Los estudios comparativos apuntan a que una serpiente verticalizada es símbolo del dominio de energías y poderes chamánicos y de conocimiento. Por lo tanto, también de sanación.



En otro aspecto, la serpiente responde a las fuerzas telúricas que, pasando a través de la Madre, alimentan y consagran hogares, templos y lugares de fuerza. De ahí el uso de la serpiente como símbolo en muchas representaciones minoicas que apuntan a este sentido.

El nudo sacro

En ambas diosas de las serpientes cretenses, de las que estamos hablando, se ve un nudo con el lazo que sobresale de entre sus pechos. Evans observó que son análogas al llamado nudo sacro, que es como se llama a una ligadura que deja un lazo por encima, y que a veces lleva flecos colgando del cordón.

Numerosos símbolos de este tipo se encontraron en marfil, en terracotas, pintados en frescos o grabados en sellos; a veces combinados con el hacha de doble filo o *labrys*. Tales símbolos se encontraron tanto en yacimientos minoicos como micénicos.

Se cree que el nudo sacro era símbolo de la santidad (¿o presencia de lo divino?) en las figuras humanas o en los objetos de culto. Su combinación con el hacha de doble filo puede compararse con el Ankh egipcio (llave de la vida eterna), o con el Tyet, el llamado nudo de Isis, que se presenta a menudo en unión a la columna Djed de la estabilidad.

La importancia del nudo como nexo o encrucijada, como punto de intersección entre fuerzas que quedan «conectadas», o también «atadas, agarradas», tiene su significado y uso sagrado, y por extensión mágico. Es, en todo caso, un elemento común que se presenta en prácticamente todas las culturas antiguas. Indica un punto potencial de unión entre dos mundos: lo visible y lo invisible, en un sentido; y en otro sentido más transcendente, tiene un significado más allá de lo fenoménico: el encuentro entre lo superior, lo que podemos llamar espiritual, y lo terreno o material.

Han pasado miles de años...

... y todavía hoy buscamos el sentido de estas y tantas otras figuras. Nos hablan de concepciones del mundo que hemos perdido; de una actitud que tiene en cuenta no solo la materialidad de los fenómenos físicos, sino el significado detrás de ellos. Nos hablan de tierra y cielo, del equilibrio necesario para sabernos parte del universo y penetrar en sus mensajes, en sus memorias...

Celebrar el Día Internacional de la Madre Tierra significa concienciar que estamos en un cosmos que refleja leyes, fuerzas, orígenes y finalidades de las que nos hemos alejado. Los pueblos antiguos parecen haber percibido el mundo como expresión de algo que está más allá, y lo han reflejado en sus símbolos. Aprendamos y dejémonos inspirar por ellos.



YGGDRASIL

el árbol como
imagen del universo

Francisco Javier Saura Vilchez

Si con algo relacionamos la vida y a la naturaleza es con los árboles, por su desarrollo «arborescente», que lleva la savia desde las raíces a las ramas y hojas; por la capacidad de fotosíntesis, de crear oxígeno; por crear biotopos como los bosques y selvas, verdaderos pulmones del planeta y expresión de la diversidad; por su importancia para los hombres, ya sea por el fuego, construcción de casas, armas, barcos, etc.; o por la atracción simbólica de sus raíces, tronco y ramas, en un viaje desde la tierra hacia el cielo.

Del árbol tenemos, en nosotros y en los sistemas de comunicación, una red de forma «arborescente» que conecta todo con todo: nuestro sistema sanguíneo y neuronal, por ejemplo; o la red de carreteras de cada país... o de Internet.

De los troncos leñosos extraemos el fuego que nos calienta y protege y transforma y mejora los alimentos. En torno al fuego nos reunimos y construimos viviendas, contamos historias... Esa imagen del fuego ha sido usada por poetas, filósofos y místicos como reflejo de la amistad, del amor de la familia y también como el proceso de transmutación interior, de elevación de conciencia, que llevaría a la humanidad a «quemar» sus instintos más bajos y a «dar luz» a los demás, a pasar de la ignorancia a la sabiduría, del egoísmo a la fraternidad entre los hombres y entre los pueblos.

Todo proyecto, grande o pequeño, comienza por sembrar una semilla. Pero hay que elegir la semilla adecuada para la tierra adecuada, regarla, dejar que crezca... ¡Como con las plantas!

Sabemos que la pérdida de la masa forestal, ya sean bosques o selvas, es uno de los grandes causantes del actual cambio climático. Y también que muchas personas llevan un colgante o dibujos de un árbol en un círculo como símbolo del árbol de la vida.

Y así podríamos hacer referencia a multitud de cosas que la imagen y la presencia del árbol implica en nuestra evolución como especie y en nuestro imaginario simbólico.

Simbolismo general del árbol

El árbol es una síntesis de antiguas y profundas enseñanzas sobre la vida y su multiplicidad de formas. A este respecto dice Jorge Livraga:

«El árbol es, fundamentalmente, símbolo de la semilla caída verticalmente sobre el plano horizontal de la tierra. La primera representa lo masculino, siendo femenino lo horizontal; el árbol, hijo de ambos, tendrá un crecimiento vertical y una expansión horizontal».

Es, por tanto, un símbolo universal que expresa la entrada del espíritu (la semilla) en la materia (la tierra) y su posterior desarrollo en esta, correspondiendo el crecimiento vertical al desarrollo del ser interior a través de la concienciación, cada vez mayor, de nuestra alma inmortal; y la expansión horizontal al crecimiento del egoísmo y la atracción por el mundo material, siendo su máxima expresión el desarrollo de los deseos.

No solo el Yggdrasil representa esto en una de sus claves, pues también es «árbol» la cruz del Kristos crucificado: «La cruz cristiana es un árbol donde, al igual que en el mito de Bochica, en el panteón chibcha (Colombia), ha sido crucificada la Luz Celeste, el Cristo» (J. Á. Livraga).

Pero su simbolismo es mucho más amplio y, por citar alguno, también está relacionada cada parte del árbol con un planeta y sus influencias:



«A través de las hojas y el tallo es posible ver el planeta que domina a las plantas. En líneas generales, en todo vegetal:

- La raíz corresponde a Mercurio.
- La semilla y corteza corresponden a Mercurio.
- La madera, el tronco fuerte, corresponde a Marte.
- Las hojas corresponden a la Luna.
- Las flores corresponden a Venus.
- El fruto corresponde a Júpiter» (J. Á. Livraga).

Yggdrasil, el árbol del universo (y, por tanto, de la vida)

Voy a hablar de este árbol sagrado de los germanos y nórdicos sobre la base de las propias fuentes que nos han llegado, especialmente de los nórdicos: el Edda menor, también llamado *Edda en prosa* o *Edda de Snorre Sturleson*, en su primera traducción del noruego al español, realizada en 1856.

Cantado por los escaldos, especie de bardos o trovadores que viajaban de corte en corte y de villa en villa, este Edda parece que «fue recopilado a fines del siglo XI por Saemund el Sabio, clérigo, natural de Islandia, a quien se atribuye la introducción de los caracteres romanos en esta isla. Diole el nombre de *Edd*, palabra que quiere decir ‘abuela materna’; con lo cual parece que quiso designar la tradición, pues que todos los poemas de que se compone su obra habían sido conservados hasta entonces por relación de padres a hijos» (1).

Siendo Odín el mayor de los tres primeros hijos del gigante Ymir, tras derrotar a su padre (como Zeus hizo con su padre Saturno, símbolo del tiempo), lo primero que hará en su condición de Padre de Todo será crear el Yggdrasil.

Descripción del Yggdrasil según el Edda Menor

«Yggdrasil es el mayor y más hermoso de todos los árboles; sus ramas se extienden sobre todo el universo y se elevan por encima del cielo. Está sostenido por tres

raíces, que se prolongan muy lejos; la una de ellas se extiende hacia los Ases (los dioses), la segunda hacia los Hrimthursars (gigantes), hasta el punto donde antes estaba el abismo de Ginnung; la tercera llega a Niflhem (el infierno), donde Nidgor la roe por la punta, cerca del pozo de Hvergelme ; debajo de la raíz que toca a los Hrimthursars, se halla el pozo de Mimir; la Razón y la Sabiduría están ocultas allí. (...) La tercera raíz del fresno Yggdrasil llega al cielo (los Ases, dioses) y abriga una fuente de virtud singular, a saber: la fuente de Urd; los dioses se reúnen junto a ella para tener su tribunal a diario. (...) Bajo el fresno Yggdrasil, y cerca de la fuente de Urd, hay un edificio hermosísimo, de donde se ven salir tres vírgenes, llamadas Urda (el pasado), Verdanda (el presente) y Skulda (el porvenir). Estas vírgenes disponen de la vida de todos los hombres: son las nornas (las parcas griegas). Ellas sacan a diario agua de la fuente de Urd para regar a Yggdrasil y mantenerlo vivo, joven y verde, frente a los ataques de la serpiente Nidgord en sus raíces y de cuatro ciervos que comen las hojas de las puntas de sus ramas» (2).

También dirá que en sus ramas está la cabra Amaltea, que con sus ríos de leche crea la Vía Láctea; y en la copa del árbol, en lo más elevado, hay posada un águila, símbolo del propio Odín.

«En los Eddas escandinavos es el Árbol de Siete Ramas, árbol cósmico del que penden los frutos-astros. (...) El Yggdrasil escandinavo se presenta en los Eddas creciendo en la mítica Midgard, mientras la serpiente Nidgor roe sus raíces, y de sus ramas cuelgan frutos hechos con miel, semejantes a las doradas y dulcísimas manzanas del Jardín de las Hespérides, resabio de prehistóricas tradiciones... Las abejas concurren a estos frutos de miel, y se decía que el trabajo y la inteligencia anidaban entre sus ramas» (J. Á. Livraga).





El Fresno del Mundo Yggdrasil y la estructura del universo

«*El Yggdrasil simboliza el eje y el centro del cosmos: sus raíces están en el submundo, los infiernos; el tronco se yergue atravesando el mundo de los hombres; su copa alcanza el cielo. Es decir, une los tres mundos: el reino subterráneo, el de los hombres y el de los dioses. Posee tres raíces:*

La primera se extiende por el Niflheim, el reino de los muertos, personificado por la diosa Hel.

La segunda, por el reino de los gigantes del hielo y la escarcha, Jötunheim.

La tercera lleva al Pozo de Urd, junto al cual están las tres Nornas, espíritus del destino que tejen los hilos de la vida. Justo ahí es donde los dioses, los Ases, se reúnen diariamente para dictar justicia.

La peculiaridad del Árbol del Mundo germánico es que su decadencia está ya pre-programada:

Hay tres fuentes. Bajo la primera raíz, la del Niflheim, se encuentra la fuente Hvergelmir llena de serpientes venenosas. La más grande de todas es el dragón de la envidia, Nidhögg, que roe y corroa continuamente las raíces. Siempre está en lucha contra el águila, que habita la copa del árbol –el conflicto eterno entre el águila y la serpiente, la luz y las tinieblas, la eternidad y lo transitorio—. (...) Entre ambos contrincantes se mueve la ardilla Ratatosk transmitiéndoles mensajes de mutuas amenazas y sembrando así la discordia. En la copa del árbol, además, cuatro ciervos se comen sin interrupción los capullos (las horas), las flores (los días) y las ramas (las estaciones).

Diariamente las Nornas riegan el fresno con el agua sagrada del Pozo de Urd para que sus ramas no se sequen y sus raíces no se mueran.

Pero un buen día, Yggdrasil tiembla. Es la señal de que no falta mucho para el ocaso, el Ragnarök, el fin, la caída del mundo.

Este árbol simboliza, pues, el cosmos en su manifestación, subrayando que todo muere –el mundo, los dioses, la vida, la raza humana...– para algún día renacer de nuevo» (J. Á. Livraga).

Visión filosófico-práctica

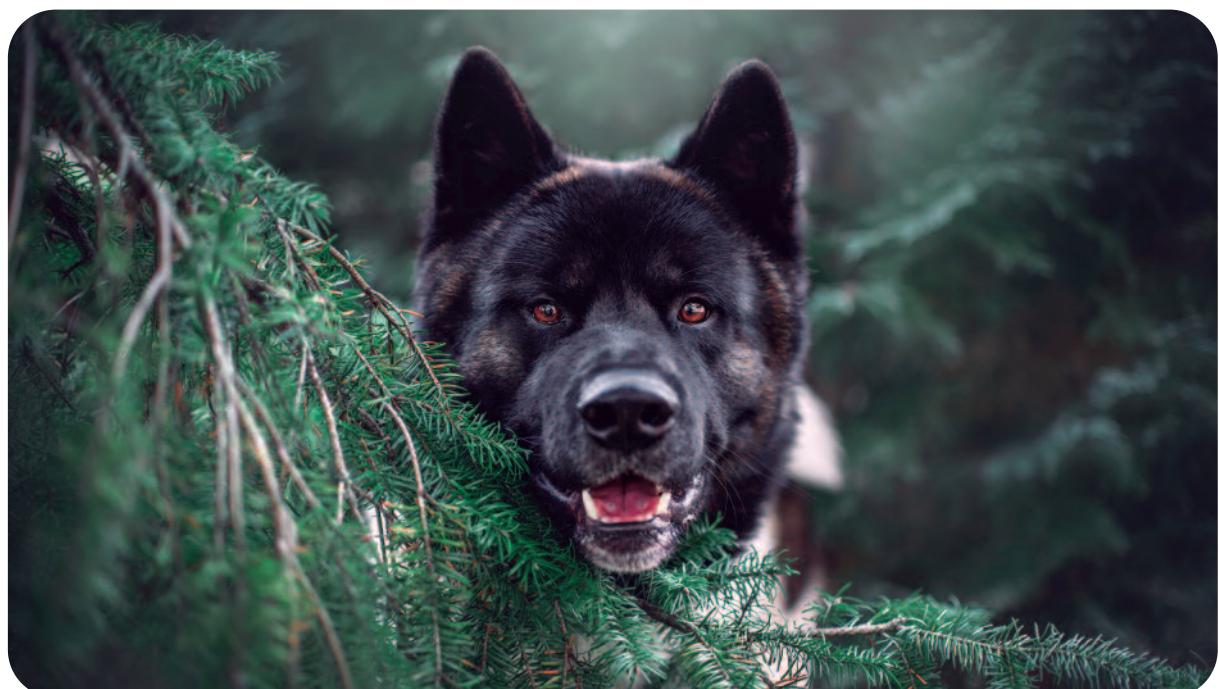
I.- Como primera obra de Odín, el Padre de Todo, es el universo o cosmos. *Universo* significa dos cosas complementarias: Uni-Verso o Una-Vida, y también unidad en la diversidad: Uni-Verso en vez de Di-Verso.

La Vida-Una atraviesa todos los mundos, el inferior, la tierra y el del cielo, ¡Las Leyes son las mismas para todos! En el universo no hay favoritismos, clientelismo ni corrupción; pero en el mundo de los humanos, sí.

II.- Sus raíces también atraviesan todo lo existente. Lo invisible y lo visible están íntimamente conectados. En una clave, es el pasado o historia y su influencia en el presente: «Los pueblos que olvidan su historia están obligados repetirla». Y, por otro, es la presencia de lo sagrado, lo misterioso o espiritual en nuestras vidas, cuyo reflejo lo encontramos en los hoy llamados «intangibles», aquellas cosas que no se pueden medir ni cuantificar pero son la esencia de nuestra vida: el amor, la amistad, los sueños, el placer de una puesta de sol o de escuchar música... Como le decía el zorro al Principito: «Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es siempre invisible a los ojos».

III.- «*Su decadencia está ya pre-programada*». La gigantesca serpiente Nidhögg ruge y corroea continuamente las raíces. «*Siempre está en lucha contra el águila, que habita la copa del árbol –el conflicto eterno entre el águila y la serpiente, la luz y las tinieblas, la eternidad y lo transitorio—. (...) Entre ambos contrincantes se mueve la ardilla Ratatosk transmitiéndoles mensajes de mutuas amenazas y sembrando así la discordia. En la copa del árbol, además, cuatro ciervos se comen sin interrupción los capullos (las horas), las flores (los días) y las ramas (las estaciones)*» (J. Á. Livraga).

En nuestro mundo material todo lo que nace se transforma y muere... para volver a renacer. Es la idea del yin y del yang: los absolutos no existen y la base de la vida es el movimiento, el cambio. Hay una deidad, Heimdall, símbolo de la vigilancia y la atención continua, que vela para que su mundo resista lo más posible, sabiendo que llegará el Día del Ragnarok, donde el viejo mundo desaparecerá por completo y dará paso a otro y el lugar de Odín será ocupado por su hijo Balder, la Pureza y la Bondad.





Es una llamada a reconocer lo importante de la vida y conservarlo, dejando que lo ya caduco e inservible se marche. Y nada más destructivo que el egoísmo, los celos, la envidia y la soberbia de creerse el mejor. En pocas palabras: liberarnos de los malos hábitos.

IV.- Hay tres fuentes:

1- La que está cerca del mundo de los muertos está llena de serpientes venenosas, entre ellas Nidhögg. En filosofía, «muerte» se refiere a la falta de conciencia, a la ignorancia, hija del egoísmo. Quien se apoya en el egoísmo no puede tener buenos frutos, solo miseria y guerras. Un ejemplo de ello es la dificultad para aplicar por los países todos los protocolos en defensa de los derechos humanos, o del medio ambiente, o de la salud... ¡O la actual guerra infame de Rusia contra Ucrania!

2- Pero también hay una fuente de vida: «*Bajo el fresno Yggdrasil, y cerca de la fuente de Urd, hay un edificio hermosísimo, de donde se ven salir tres vírgenes, llamadas Urda (el pasado), Verdanda (el presente), y Skulda (el porvenir). Estas vírgenes disponen de la vida de todos los hombres: son las nornas (las parcas griegas). Ellas sacan a diario agua de la Fuente de Urd para regar a Yggdrasil y mantenerlo vivo, joven y verde, frente a los ataques de la serpiente Nidgord en sus raíces y de cuatro ciervos que comen las hojas de las puntas de sus ramas*

» (3).

Las nornas, el trabajo incansable en el pasado-presente-futuro o el poder de la continuidad. La fuerza que da el no perder jamás la esperanza y seguir luchando por la vida en todos sus aspectos: el hombre, la naturaleza y el reencuentro con Dios; las tres finalidades de la verdadera filosofía, según Helena P. Blavatsky.

Si hay fuerzas oscuras y venenosas, también las hay luminosas y saludables. Como decía san Francisco de Asís: «Donde no hay amor pon amor y encontrarás amor». Es la importancia de la elección del modelo de vida que queremos seguir, de los ejemplos que vamos a tomar para nuestro proyecto vital.

3- Y la fuente de la sabiduría: la fuente de Mimir; «*la Razón y la Sabiduría están ocultas allí*» (2). Está justo debajo del Yggdrasil y se dice que el propio Odín tuvo que perder un ojo para adquirir la sabiduría. Los dos ojos de Odín se refieren a las dos características de nuestra mente, asociada al Sol y a la Luna: la visión solar es la luminosa, clara, basada en el conocimiento profundo de las cosas; la lunar es el conocimiento basado en el deseo y se queda con las

apariencias. Odín pierde la visión lunar, la del egoísmo. Todos tenemos que hacer un esfuerzo para superar las falsas barreras que nos hemos autocreado. El mundo cambiará hacia el bien por la cooperación y la hermandad, no por los caprichos, engaños y la violencia del más bruto.

A modo de síntesis final

«En el centro de Asgard se encuentra Gimlé, la región más hermosa del Cielo. Tras el Ragnarök, el ‘Ocaso de los dioses’ o fin del mundo, cuando caen incluso el cielo y la tierra, solo permanece Gimlé, del que se formará un nuevo mundo» (J. Á. Livraga).

Gimlé es un estado de conciencia, se encuentra en lo mejor de nuestro interior y del interior de cada ser humano. Las cosas positivas que hacemos lo son de verdad si tienen buena voluntad e inteligencia, porque, según Jorge Livraga, «son un acto místico». Y no hay mayor mística que esforzarse día a día en forjar a mejor nuestro propio mundo interior y compartirlo. Si somos naturalmente humanos, nos comportaremos humanamente con los demás, con la naturaleza y también con lo invisible.

(1) *Edda menor. Traducción de D. A. de los Ríos. Imprenta de la Esperanza. Madrid, 1856.*

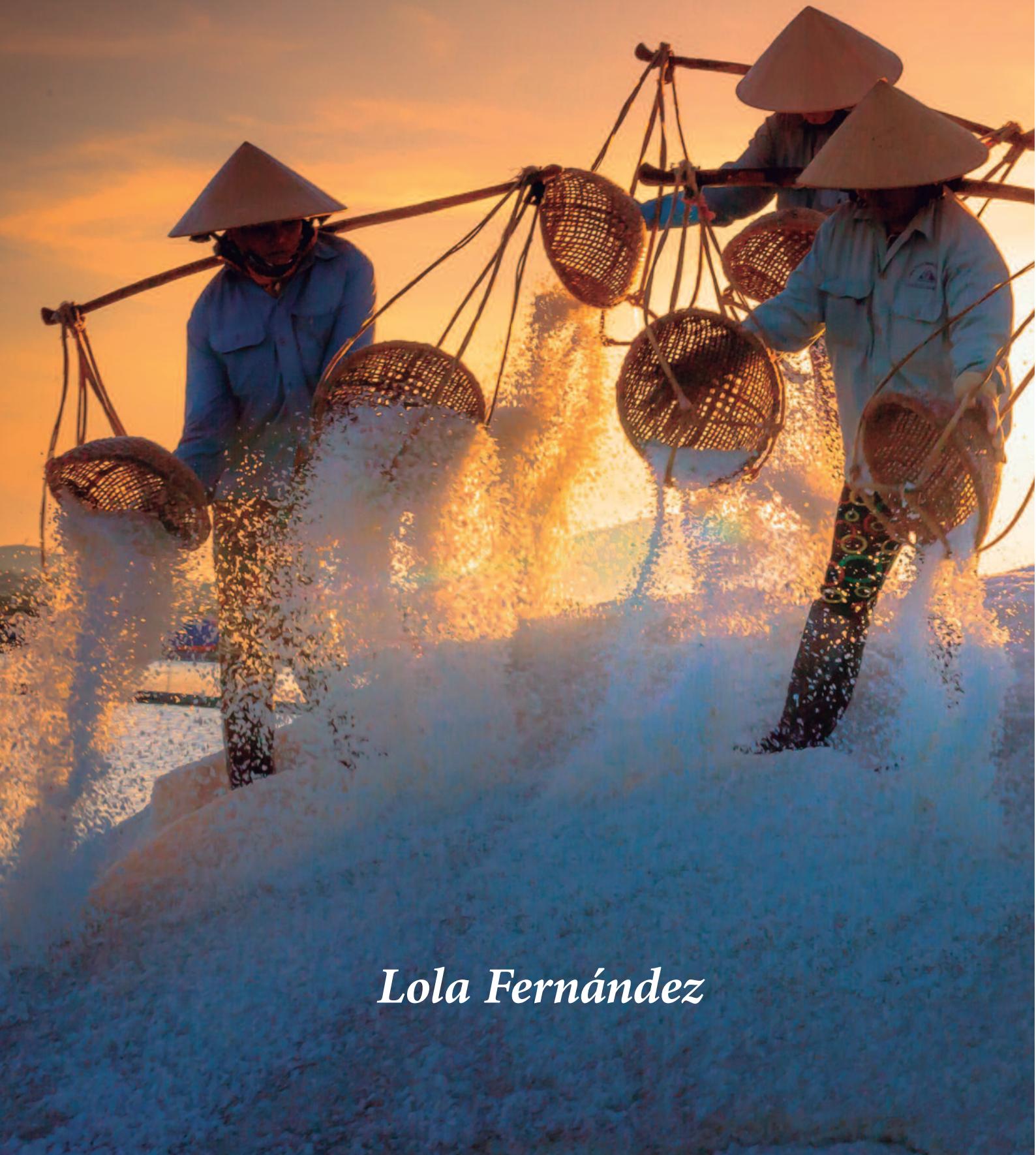
(2) *Ídem*

(3) *Ídem.*



EL RESPETO A LA TIERRA

una nueva forma de vivir



Lola Fernández

«Las tendencias negativas actuales en biodiversidad y ecosistemas socavarán el progreso hacia el cumplimiento del 80% (35 de 44) de las metas de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, relacionados con la pobreza, el hambre, la salud, el agua, las ciudades, el clima, los océanos y la tierra (ODS 1, 2, 3, 6, 11, 13, 14 y 15)» (1) .

Es claro que la forma de vivir de un pueblo responde a su visión del mundo. Reflexionar sobre algunas ideas que han ido conformando a lo largo del tiempo la visión del mundo occidental, nos permitirá entender por qué nuestra forma de vivir atenta claramente contra el planeta y los seres vivos que habitan en él.

En general, todos tenemos la «incierta certeza» de que nos abocamos a un desastre ecológico y humano sin precedentes, y que las medidas e intentos locales y mundiales para afrontarlo son insuficientes y de muy difícil cumplimiento, al chocar con intereses contrarios de toda índole. Al analizar las causas nos encontraremos invariablemente el crecimiento demográfico, la tecnología y la exacerbación del consumo para mantener o acceder a la llamada «sociedad del bienestar». El problema de fondo, sin embargo, es una determinada forma de ver y entender la vida que se fue gestando en Occidente y ha terminado contaminando a la mayor parte de las culturas del planeta.

El desastre se comenzó a gestar hace algo más de dos mil años, cuando se empieza a olvidar la dimensión sagrada, espiritual, implícita en todo lo manifestado y se comienza a considerar a la Tierra y a sus seres meras cosas al servicio del ser humano. Esta simpleza, espoleada por las religiones del libro, terminó imponiéndose como parte importante de la mentalidad occidental en el s. XVII, cuando se perfilan las leyes que impone a la naturaleza un Dios ajeno a la misma. Ya solo era cuestión de que la creatividad y diligencia humanas, bajo esa premisa, fuese capaz de elaborar artefactos cada vez más eficientes para esa explotación. La guinda del desastre se pone un poco después cuando, muy «científicamente», se añade al dogma la afirmación de que no hay ninguna finalidad, ninguna Inteligencia detrás, ningún sentido de «hacia dónde», de que todo el mecanismo de la naturaleza es meramente fruto del azar y que solo la selección natural marca el ritmo y la dirección. Estas «certezas», enquistadas como dogmas en la mentalidad occidental, son la causa de creernos con el derecho de poder actuar impunemente sobre cualquier zona del planeta y sus seres para propio beneficio. Incluso hoy, el principal argumento para frenar el deterioro ecológico sigue siendo egoísta y homocéntrico; de ahí la enorme dificultad de aplicar medidas.

Una nueva visión

Esta creencia de que la naturaleza y sus seres están al servicio del ser humano se fue incrustando con los siglos de tal manera que ha llegado a constituir la visión del mundo en lo que se llamó Occidente, cuya soberbia de creerse en posesión de la verdad y su afán y poder para imponerla ha permitido que se vaya extendiendo mundialmente.

Los numerosos intentos para cambiar dicha visión de la naturaleza han resultado infructuosos en todas las épocas, neutralizados eficazmente por la hegemonía religiosa monoteísta y materialista, en simbiosis con la propia ciencia desde sus primeros pasos.

En los últimos cincuenta años, cuando ya se va viendo el desastre al que nos encaminamos, las medidas que tratan de ponerse para frenarlo son a todas luces ineficaces, para desesperación de muchos.

Una vez más, no se actúa teniendo en cuenta el origen del problema —una determinada y simplista visión del mundo—, por lo que las medidas propuestas son contradictorias con la propia forma de pensar y vivir de quienes las proponen.

No se puede pregonar y alentar el consumo como base de nuestro sistema y, al mismo tiempo, querer concienciar de consumir menos.

No pueden pedir a otros pueblos que vivan con menos quienes claramente pugnan y se afanan de vivir con más.

No podemos desechar las basuras contaminantes al patio del vecino para sentir limpio el nuestro: si algo sabemos con seguridad es que hay un solo patio.

No se puede seguir esquilmando el planeta para fabricar una inmensidad de artefactos inútiles, efímeros y superfluos.

No se puede seguir manteniendo la visión de que somos un mero cuerpo, y mancillarlo permanentemente bajo el lema de «vivir a cualquier precio».

No podemos seguir ignorando la dimensión sagrada o espiritual (no necesariamente religiosa) de la naturaleza y todos sus seres, incluido el ser humano, que han tenido todos los pueblos de la tierra antes de la era vulgar, y que nos han legado los sabios de todos los tiempos; no podemos seguir creyéndonos mejores que todos ellos.

No podemos ignorar las enseñanzas que se derivan de la forma de vivir de los pueblos indígenas que, aún hoy, han conservado parte de esa otra visión del mundo, en la que todo ser, sea mineral, vegetal o animal, tiene su propio sentido y finalidad y en la que también nosotros, los humanos, somos hijos de la Tierra, un ser vivo que nos acoge.

Urge rescatar una visión espiritual del mundo y sus seres, ir introduciendo en la educación más historia de las civilizaciones antiguas, más antropología, más filosofía y menos dogma. La manera en que vivimos es el resultado de la visión del mundo que hemos conformado. Posiblemente la necesidad, los propios ciclos históricos y el fracaso o agotamiento de una visión meramente mecánica de la naturaleza nos estén abriendo ya a nuevas perspectivas más elevadas del mundo y sus seres. Solo así, de forma natural, optaremos por ir viviendo en consecuencia con la misma.

(1) *Informe de la Plataforma Intergubernamental de Ciencia y Política sobre Biodiversidad y Servicios de los Ecosistemas (IPBES), cuyo resumen fue aprobado en la 7.ª sesión plenaria del organismo, en París, 19 de mayo de 2019.*



¿CUÁNDΟ PERDIMOS EL VÍNCULO CON LA MADRE TIERRA?



Lola Fernández Chinchilla

La adoración a la Madre Tierra ha acompañado a la humanidad desde el comienzo de los tiempos. Su vínculo con ella, para agradecer, para rogar, para asombrarse ante el misterio de la existencia, para sentir lo sagrado de su naturaleza, es parte de su historia.

Tanto en Europa como en otras partes del mundo, se han encontrado multitud de restos del Paleolítico que así lo atestiguan. Pero posiblemente desde mucho antes, desde que existen, los seres humanos se han sentido ligados indisolublemente a ella, hijos de un todo más grande que les daba sustento, cobijo y retos. Innumerables diosas nos hablan de esa relación a través de los milenarios. Desde Isthar (Mesopotamia), Gaia, Afrodita y Artemisa (Grecia), hasta Pachamama (Perú), Coatlicue (Méjico), Parvati (India) y Freya (Escandinavia). Y nos remiten a Diosas Madre aún más antiguas cuyos nombres se han perdido en la noche de los tiempos.

¿Qué ha sido hoy día de esa relación? ¿Se ha roto ese vínculo irremediablemente?

Lamentablemente, el desapego por la Madre Tierra parece ser una tendencia que lleva ya varios siglos actuando. Filósofos como Max Weber o Mircea Eliade, lo han tratado ampliamente en sus libros y han dado la voz de alerta. Hemos desacralizado el mundo, que ha pasado a no tener alma, ni espíritu, ni propósito.



¿Cómo revertir entonces la situación actual si, más allá de la realidad física que vemos, no hay nada con lo que conectar, solo materia física y ciego azar?

Sin embargo, es urgente restaurar esa conexión con la Madre Tierra, no porque ella lo necesite: la Tierra ha sufrido ya cinco extinciones masivas a lo largo de su historia, la de los dinosaurios fue solo la última; sin embargo, salió de ellas, si cabe, más fuerte y más vital que antes. Somos nosotros quienes lo necesitamos desesperadamente.

Desde que se redactó en 1978 la Constitución española, que en su artículo 45 declaraba que...

1. *Todos tienen el derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado para el desarrollo de la persona, así como el deber de conservarlo.*
2. *Los poderes públicos velarán por la utilización racional de todos los recursos naturales, con el fin de proteger y mejorar la calidad de la vida y defender y restaurar el medio ambiente, apoyándose en la indispensable solidaridad colectiva.*
3. *Para quienes violen lo dispuesto en el apartado anterior, en los términos que la ley fije se establecerán sanciones penales o, en su caso, administrativas, así como la obligación de reparar el daño causado.*

...se han promulgado unas 20 leyes y decretos más, sin contar con los autonómicos, que desarrollan esas intenciones: la Ley 21 de 2013 de Evaluación Ambiental, la Ley 30 de 2014 de Parques Nacionales... Así hasta veinte... En ellas se especifican claramente las infracciones medioambientales, así como las sanciones a las que darán lugar.

De este modo, en los artículos 80 y 81 de la Ley 42 de 2007 del Patrimonio Natural y de la Biodiversidad y durante 25 extensos apartados, se nos enumera cada una de ellas, así como las sanciones correspondientes:

«se considerarán infracciones administrativas:

a) *La utilización de productos químicos o de sustancias biológicas, la realización de vertidos, tanto líquidos como sólidos, el derrame de residuos, así como el depósito de elementos sólidos para rellenos, que alteren las condiciones de los ecosistemas con daño para los valores en ellos contenidos. Del propio modo, tendrán la consideración de infracción la comisión de los hechos anteriormente mencionados aun cuando no se hubieran producido daños, siempre que hubiera existido un riesgo serio de alteración de las condiciones de los ecosistemas....».*

«*Las infracciones tipificadas en el artículo anterior serán sancionadas con las siguientes multas:*

- a) *Infracciones leves, con multas de 100 a 3.000 euros.*
- b) *Infracciones graves, con multas de 3.001 a 200.000 euros.*
- c) *Infracciones muy graves, multas de 200.001 a 2.000.000 de euros».*

Y para que no nos quepa duda ninguna, en el artículo 3 de la Ley 22 de 2011 de Residuos y Suelos Contaminados, hay un apartado de «Definiciones» en el que se nos explica detenidamente qué es un residuo y las clases de residuos que existen: «*A los efectos de esta Ley se entenderá por: a) «Residuo»: cualquier sustancia u objeto que su poseedor deseche o tenga la intención o la obligación de desechar. b) «Residuos domésticos»: residuos generados en los hogares como consecuencia de las actividades domésticas...».*

Por otra parte, en el artículo 11 de la misma ley nos explica quién debe responsabilizarse de los residuos que genera: «*De acuerdo con el principio de quien contamina paga, los costes relativos a la gestión de los residuos tendrán que correr a cargo del productor inicial de residuos...».*

Incluso en los artículos del 325 al 330 del Código Penal español, se contemplan como delitos las infracciones más graves y se los castiga con penas de entre dos y cinco años de cárcel.

Pasear y no ensuciar

Salgo a caminar cada mañana a los pies de Sierra Nevada; todavía es un lugar hermoso, como tantos otros en el mundo. Los pinares, la nieve a lo lejos, el cielo, los pájaros y los juegos de las ardillas persiguiéndose dan la vida a todos los que, como yo, buscamos un lugar de esparcimiento y sosiego. Sin embargo, y a pesar de todas esas leyes, no hay día en que no me tropiece con las cosas más impensables en medio de ese paraje idílico: la pieza de un motor de coche que alguien, no puedo imaginarme quién, ha abandonado entre los árboles, el tubo catódico de una vieja televisión que asoma sus afilados bordes entre las agujas de los pinos, además de los pañales, dejados atrás como restos de alguna salida en familia y otros desechos innombrables, que ya son habituales; y, por supuesto, los consabidos plásticos de todo tipo que, convertidos, con el tiempo, en minúsculas partículas, forman ya parte de la tierra y de nuestra dieta diaria como tantos otros venenos.

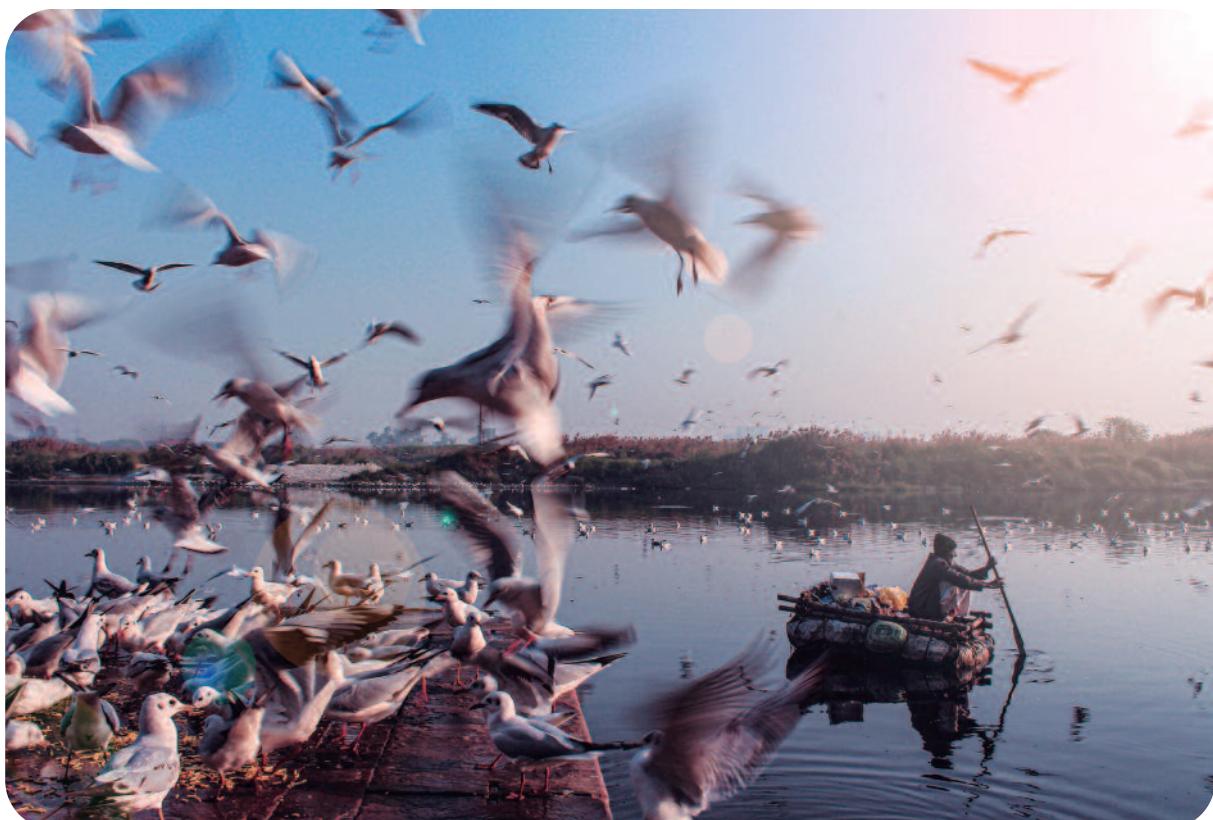
Sin duda las leyes son necesarias y mejorables, en España y en muchos países, por no decir en todos. Y las sanciones, inevitables todavía.

Pero... no son leyes lo que nos falta, ni lo que más necesitamos difundir.

A pesar de todas ellas, los atentados contra el medio ambiente en nuestro país no han parado de aumentar en los últimos diez años según SEO/Bird life. Y las multas a pagar resultan cada día más rentables y no están cumpliendo su objetivo.

La verdadera solución está en otra parte... Y es vital que la encontremos.

Estamos pagando ya un precio tan alto, en forma de extinción de especies, de contaminación, de pérdida de una belleza que es tan necesaria para la vida misma como el alimento... que la solución y el cambio no se pueden demorar ya mucho, porque cada día que pasa nos queda menos de toda esa riqueza y complejidad con la que empezamos nuestra historia.





Es cierto que hemos acabado en medio de un sistema económico heredado, que devora la naturaleza para producir dinero a cualquier precio, para producir bienes de consumo a veces completamente innecesarios; para producir «bienestar» y «comodidad», cueste lo que cueste. Y que, desde luego, no ha resuelto el tema de los desechos. Y ya se trate de países enteros, empresas o individuos, seguimos arrojándolos alegremente y sin conciencia en cualquier lugar. Porque es más cómodo, porque el espacio al que los arrojamos «no es nuestro» o porque el tema de los residuos no es tan prioritario como la ganancia. Y en nombre de la comodidad o de los intereses económicos de empresas y particulares, estamos renunciando a un bien más auténtico y profundo, la conexión con la Tierra, el respeto y el amor a nuestro planeta, el asombro ante la belleza de un lugar limpio en el que la naturaleza ha pintado colores y formas que son puro arte.

Pero... también es cierto que el «sistema» lo formamos todos. Parece que echar la responsabilidad completa sobre los hombros de un abstracto «sistema» exterior y desalmado con el que no tenemos nada que ver nos tranquiliza y nos convierte en seres inocentes que, simplemente, no pueden hacer nada. Pero no es así. Todos somos, de algún modo, responsables de lo que ocurre. Puede que unos más y otros menos, pero todos tenemos alguna responsabilidad y alguna capacidad de acción a la que nunca debemos renunciar.

Y es cierto, igualmente, que no puede haber productores que sigan con su labor depredadora si no hay consumidores que la ratifiquen con cada compra que hacen. Ya un viejo y querido profesor de geografía económica lo decía hace demasiados años: «Los consumidores tienen un poder inmenso, el de no comprar, pero aún no lo han descubierto».

Mucho me temo que hoy día solo se está empezando a descubrir.

Ya no podemos volver atrás en el tiempo, es cierto, ni convertirnos de nuevo en aquellos primeros humanos que, como niños inocentes, se sentían parte de un medio mágico y sagrado con el que estaban unidos, con el que podían comunicarse, que les hablaba a través de mil señales, de los pájaros, del sol, de las tormentas... que a veces les castigaba pero también aceptaba sus ofrendas de perdón o agradecimiento... Porque la vida, como el ser humano, avanza.

Pero sí podemos negarnos a perder toda esa belleza, esa conexión con nuestro planeta, que da un sentido más profundo a nuestra vida y que puede ayudarnos a salir de donde estamos.

Y podemos abrir nuestra mente a toda la información que día a día nos llega a través de múltiples canales, en vez de cerrar los ojos o mirar para otro lado, y hacernos conscientes de que ocho millones de toneladas de basura van a parar cada año a mares y océanos y están acumulándose en inmensas islas artificiales de plástico. De que numerosas ciudades en el mundo tienen niveles tan altos de contaminación atmosférica que afectan a sus ciudadanos tanto como fumar cien cigarrillos diarios. O de que un millón de especies, animales y vegetales, están en peligro de extinción, según el informe de la ONU de 2019.

También podemos poner en duda que la renta per cápita o el producto interior bruto sean indicadores de felicidad, ni siquiera de verdadero bienestar. Necesitamos unos medios materiales mínimos, es verdad, nadie lo discute, pero bien repartidos a nivel mundial y no como plato único. Hay mucho más en la vida.



Pero, sobre todo, podemos abrir nuestro corazón y permitir que eso nos duela en lo más profundo, como si estuviera ocurriendo en nuestra propia casa, donde no permitiríamos jamás suciedad en el suelo, ni agua o aire viciados, ni ningún tipo de amenaza a los que la habitan incluyendo a las mascotas, si las hay. Ya que la Tierra es, en realidad, «nuestro verdadero hogar». Y solo cuando lo sintamos así, tendremos el deseo natural de hacer mil pequeños gestos diarios: reciclar nuestra basura, usar los puntos limpios aunque todavía sean escasos o lejanos, apagar una luz, caminar un poco más en vez de coger el coche, o no comprar lo que en realidad no necesitamos... Los fríos datos estadísticos, las leyes, raramente nos impactan lo suficiente. El verdadero poder para cambiar conductas está en el corazón. Quizás entonces, como Ken Wilber y otros dicen, hayamos empezado a elevar nuestro «nivel de conciencia». Y eso no se puede hacer a espaldas del sentir. Nuestra conciencia es un todo, no un fichero con cajones.

Queda esperanza

Podemos, por último, negarnos a perder la esperanza. Ella nos mueve a seguir. Y aquí y allá podemos ver señales de que algo está cambiando.

Es esperanzador ver países como Bután que se han comprometido por ley a preservar la inmensa mayoría de sus bosques y espacios naturales y que prefieren hablar de «felicidad interior bruta» que de «producto interior bruto», manifestando así una nueva forma de pensar, completamente necesaria para frenar un capitalismo salvaje que está asolando la Tierra. Los únicos avances que podemos perseguir no son los materiales, que son bien poca cosa si no se equilibran y complementan con los avances espirituales.

Es esperanzador saber que en lugares como Alemania —en el que hace ya más de treinta años pasé una temporada y en el que ya entonces vi y aprendí cosas que en el lugar donde vivo serían hoy día, todavía, una utopía—, el reciclaje es ya parte normal y asumida de la vida ciudadana, el vidrio se recicla por colores, el papel se aprovecha y se reutiliza hasta la última fibra porque está hecho de árboles, hay ciudades históricas, universitarias... donde la circulación de vehículos privados se ha sustituido casi completamente por otros medios de transporte más prácticos y menos contaminantes. Encontrar desechos arrojados en cualquier lugar no es tarea tan fácil. Y se cuidan, como oro en paño, los últimos espacios naturales, como la Selva Negra, que le dan al sur del país el aspecto de una postal.

Es esperanzador conocer la ingente tarea que grupos como GEA han realizado a lo largo de todos los años que lleva funcionando. Y me da esperanza saber que poco a poco van surgiendo otros nuevos. Hace poco, en uno de mis paseos matinales, me encontré con un grupo de personas que estaban plantando árboles en su tiempo libre. «Reforestá» se llama la asociación a nivel nacional. Hablando con ellos me enteré de que algunos pertenecían además a otra asociación, Zero Waste, que se dedica a recoger residuos en espacios que ellos han comenzado a llamar «basuraleza». Su lema es una esperanza más: «Reduce (basura), reutiliza, recicla».

En todos ellos, el vínculo con la Madre Tierra sigue vivo. Ojalá que su ejemplo y su entusiasmo sean contagiosos y acaben extendiéndose por cada rincón de nuestro planeta, que nos den el valor y la fuerza para emprender nuevos caminos de respeto, cuidado y amor por este pequeño punto azul perdido en la inmensidad del universo, en donde está todo lo que conocemos y todo lo que amamos, llamado Tierra.



Entre la literatura científica cada vez hay más investigadores que describen un futuro poco alentador, con la perspectiva de escenarios en los que se dejan ver los efectos de lo que se viene advirtiendo desde hace décadas: cambio climático, extinción de especies y ecosistemas, límites físicos de materias primas estratégicas, etc.

Colapsología es un neologismo inventado por Pablo Servigne y Raphaël Stevens en 2015 y se utiliza para estudiar de manera científica el fenómeno del colapso, que fue definido por Yves Cochet como «el proceso al final del cual las necesidades básicas (agua, alimentación, vivienda, vestimenta, energía, etc.) ya no se proporcionan (a un costo razonable) a la mayoría de la población por medio de servicios enmarcados dentro de la ley»; y a lo largo de los últimos tres lustros principalmente se acometen numerosas investigaciones y revisiones para conocer con mayor detalle el alcance del colapso y las posibles maneras de evitarlo o de vivirlo sin perder los rasgos de una civilización.

Con motivo del Acuerdo de París de 2015 (evitar que el planeta se caliente por encima de 2°C respecto de los niveles preindustriales), la propia Unión Europea aprobó en diciembre de 2019 el Pacto Verde Europeo (PVE), marco programático con una gran financiación e impacto en todos los sectores sociales y económicos para alcanzar un modelo de transición que ahuyente de Europa el fantasma del colapso. Posteriormente, la crisis sanitaria de la covid-19, a diferencia de lo que ha ocurrido en otros momentos, no solo no ha desactivado el PVE, sino que es la esperanza para salir de la crisis económica.

Sin embargo, para muchos el PVE no es suficiente porque no contribuye a reducir drásticamente las emisiones de gases de efecto invernadero y traslada los graves impactos ambientales y sociales fuera de Europa, entre otras carencias. En palabras de Jorge Riechmann, «lo ecológicamente necesario y técnicamente viable, es cultural y políticamente imposible».

La sociedad de consumo del «primer mundo» sigue despilfarrando una cantidad ingente de recursos y sirve de modelo al que aspiran el resto de países. Los límites físicos del planeta, en cuanto a materias primas por ejemplo, no pueden literalmente sostener este crecimiento, aunque se encuentre atemperado en el PVE.

Los peores presagios no están aún conjurados porque la limitación del consumo a una tercera o cuarta parte del actual en Europa, «es cultural y políticamente imposible».

Un problema de esta magnitud (el colapso de nuestra civilización, ni más ni menos) se está intentando abordar desde muchas perspectivas, por ejemplo desde el desarrollo tecnológico, sobre el que descansa en buena medida el PVE, o desde una reforma en profundidad de las reglas de la sociedad, como las múltiples sensibilidades de ecosocialismo, o sencillamente negando la posibilidad de que sea factible el colapso.

Puesto que el origen de esta situación es en buena medida la manera en que se ha ido levantando nuestra civilización, de espaldas a la naturaleza y sus procesos, desde diferentes posiciones del movimiento ecologista y del humanismo se busca una nueva forma de relación del ser humano consigo mismo y con el resto de la Naturaleza. Por pura lógica evolutiva, debe de haber una forma de hacer las cosas que sea compatible con el resto de la naturaleza, no somos una especie extraterrestre, nos rigen los mismos modelos que para el resto de especies del planeta.

Gaia, un ser vivo

Una nueva relación con la naturaleza debe estar en sintonía con las características intrínsecas de Gaia, del Planeta Vivo del que formamos parte. Desde que en 1979 James Lovelock formulara su hipótesis Gaia acerca de los mecanismos que permiten que las condiciones físico-químicas del planeta se mantengan siempre dentro de los estrechos límites de la vida biológica, se ha ido conociendo con más detalle el nivel de funcionamiento y maravillosa coordinación de la biosfera, y estamos en condiciones de saber cuáles son los requisitos necesarios para formar parte de Gaia.

Gaia no solo es el nombre de una hipótesis científica, sino que anteriormente, en el contexto de la antigua cultura griega representaba a la Madre Tierra, la divinidad que acogía la vida en el planeta. Es por ello por lo que en la actualidad no solo describe el sistema cibernetico de autorregulación de las condiciones necesarias para la vida biológica en nuestro planeta, sino que asume la función simbólica de la Madre Naturaleza, el ámbito donde se representa la idea de hogar. Así, Gaia empieza a ser en el imaginario popular la personificación del conjunto de ecosistemas planetarios, emergida a un nivel superior.



El problema comienza cuando la civilización acumula siglos y siglos de maneras de proceder que son incompatibles con las maneras de Gaia.

De Gaia debemos aprender muchas cosas para reconstruir una nueva relación con la naturaleza. Para empezar, que lo importante es la vida en su conjunto y que todo el sistema actúa siempre en beneficio del conjunto, en beneficio de la vida. Todos los organismos están interconectados en un movimiento sin fin a través de múltiples tipos de relaciones, de tal manera que la desaparición de unos permite la aparición de otros, y en conjunto, la vida se mantiene. De esta manera, Gaia es un gigantesco sistema complejo donde todo está interconectado y autorregulado y evoluciona en conjunto, es decir, coevoluciona. Esta es la forma de funcionar de Gaia, y cualquier otra entra en conflicto con ella, como ha ido ocurriendo entre nuestra civilización y el resto de la naturaleza.

Adoptar la manera de funcionamiento de Gaia implica no consumir más de lo imprescindible para vivir de acuerdo a todas nuestras necesidades, entender que la sociedad es una tupida red en la que todos sus componentes son necesarios y las afecciones de unos repercuten en todos. En el sentido de Gaia, la naturaleza de nuestros vínculos sociales no es la competitividad sino la cooperación y el progreso de la sociedad se hace en conjunto. El despilfarro es algo inconcebible en el entorno de Gaia y, por tanto, incompatible con ella.

Gaia también enseña que cada especie dispone de un lugar ecológico, en el cual los efectos de su vida se integran en cada ecosistema en un equilibrio dinámico. Ese lugar es el de menor impacto de cada especie y está definido por el conjunto de atributos que constituyen su singularidad evolutiva, lo que le diferencia de las demás especies y a la vez le proporcionan su propia identidad.

En el caso del ser humano, nuestro lugar natural no es un sitio geográfico ni la posición en un ecosistema determinado. Nuestra evolución ha sido especial, con un componente cultural que ha facilitado nuestra capacidad de vivir en cualquier entorno y ha determinado la mayor parte de nuestras características específicas. En definitiva, nuestro lugar natural no es un puesto en





la pirámide ecológica de cualquier ecosistema, sino *el potencial humano que se expresa a través de conductas, sentimientos, pensamientos y socialidad, que se plasma en una cultura, y que requiere de la educación para activar y desarrollar las funciones y valores* (o virtudes, en el sentido clásico del término).

Nuestra esencia sobrepasa la herencia genética y se sitúa en las capacidades y potencialidades interiores que han ido sentando las bases a lo largo del proceso de humanización. Nuestro lugar natural es ser más humanos, desarrollar al máximo estas capacidades, nuestra *vida interior*. La sensibilidad, los valores sociales e individuales, el conocimiento y la ética son algunos de los pilares de este mundo interior, nuestro lugar natural. Y plantean necesidades culturales y espirituales que, al ser satisfechas, pueden llegar a desplazar la demanda excesiva de necesidades materiales.

El aporte verdaderamente humano

En contra de lo que pudiera parecer, el potencial humano no es consecuencia de una endoculturación, sino que son logros evolutivos, que han de ser activados y desarrollados en el proceso de educación. Por ejemplo, el potencial altruista del ser humano no se debe a la formación en determinadas ideologías o creencias. Los hallazgos fósiles indican que ya estaba presente en especies de *Homo* anteriores a la actual. Sin embargo, la inclinación potencial a ayudar de manera desinteresada debe ponerse en acción y reforzarse a través de la educación temprana de cada individuo. Lo mismo puede hablarse de la imaginación creadora, de la sensibilidad ante lo bello, de la capacidad de abstraer un problema, de desarrollar vínculos sociales que permiten la resolución de problemas individuales en el ámbito colectivo, de la capacidad de conectar con lo sagrado (entendido como lo completamente opuesto a lo profano) en la búsqueda de sentido, etc.

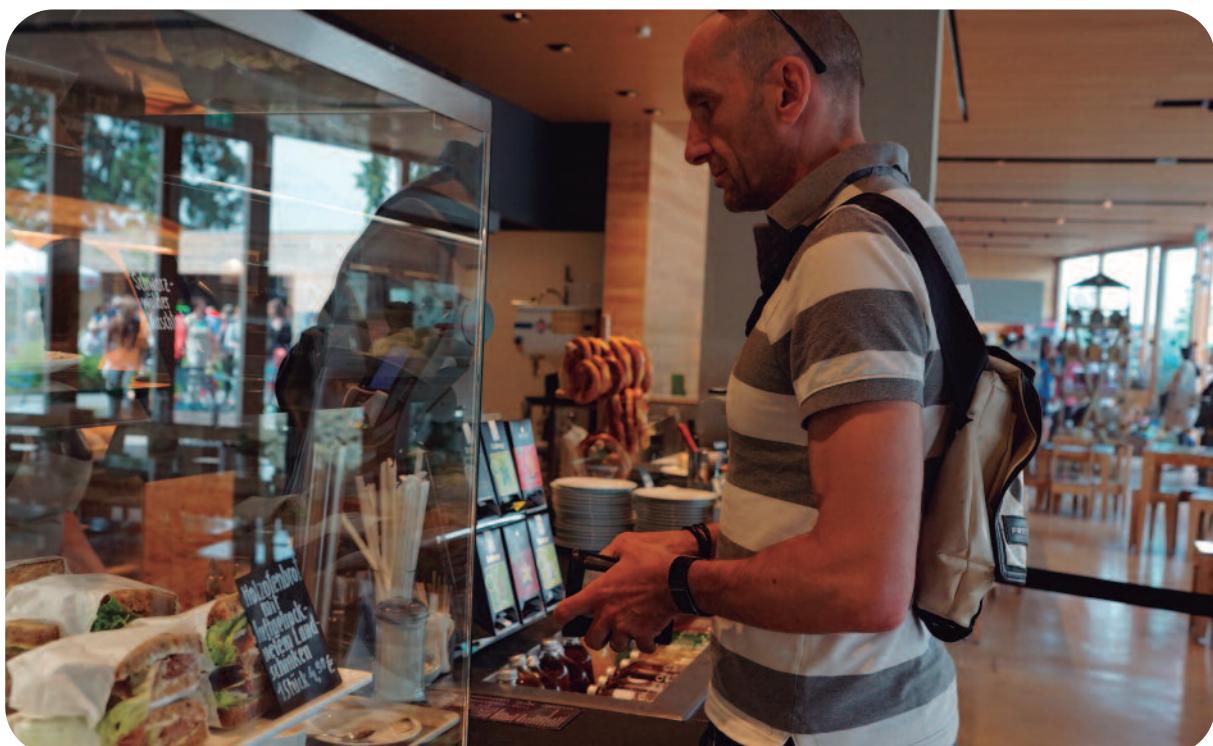
Hablamos, por tanto, de nuestra capacidad mental de concebir ideas, reflexiones, de visualizar lo inenarrable o inexplorado con la imaginación para hacerlo comprensible, la «magia» de poder transferir a otras personas nuestro mundo interior, invisible e intangible, mediante el lenguaje.

Hablamos de crear sociedades en las que se fortalece el individuo sin perder su conciencia social, gracias a lo cual se pueden desarrollar sentimientos tan humanos como la compasión, el altruismo o la solidaridad. Hablamos de la capacidad de poder vibrar y sentir ante la percepción subjetiva de lo bello, lo justo y lo bueno, o sus opuestos, dando lugar a sentimientos tan humanos como el enamoramiento, la concordia o la devoción.

Tomar conciencia de lo que nos hace seres humanos es primordial para construir una nueva relación con la naturaleza por varios motivos fundamentales: en primer lugar, porque determina de una manera completa cuáles son nuestras necesidades, que sobrepasan las meramente materiales, incluyendo también las afectivas y psicológicas, las mentales y cognitivas y las espirituales. En segundo lugar, porque el conocer y desarrollar nuestros rasgos interiores (sentimientos, ideas, valores, etc) nos permite ir descubriendo un sentido de la vida que se hace más imperecedero conforme sea más interno. Y en tercer lugar, porque al ir enriqueciendo nuestra vida interior se facilita el desacople de un consumo material excesivo.

En definitiva, una nueva relación con la naturaleza debe inspirarse en el modo de funcionamiento de Gaia, desarrollando todas nuestras capacidades de seres humanos mediante el conocimiento, la cultura y la espiritualidad (en el sentido de percibir un fin trascendente), evitando el despilfarro y ajustando el consumo a la satisfacción de nuestras necesidades biológicas, culturales y sociales, reconstruyendo la sociedad desde normas en las que prevalece el bien común, la cooperación y la importancia de todos.

Tal vez desarrollar una nueva relación con la naturaleza no llegue a ser suficiente para evitar el colapso («lo ecológicamente necesario y técnicamente viable, es cultural y políticamente imposible»), pero es seguro que nos cualificará mejor para poder afrontarlo. A lo largo de nuestra evolución e historia hemos superado muchas situaciones similares, gracias no a la capacidad de supervivencia bruta sino a la capacidad de ser más humanos.



TIERRA ARRASADA

Alfredo Aguilar

La política de tierra arrasada ha sido utilizada en innumerables ocasiones a lo largo de la historia como medida defensiva ante un ejército invasor o, en su defecto, también por una fuerza invasora como castigo al bando derrotado. La idea presupone quemar o destruir todos los recursos que pudiera utilizar el enemigo para alimentarse y guarecerse, además de envenenar los pozos de agua e impedirle sobrevivir. Todas estas acciones de carácter barbárico se han dado en tiempos de guerra, y algún terrible conquistador se jactaba de que la hierba no volvía a crecer por donde él pasaba.

El siglo XX padeció dos guerras mundiales, pero con la diferencia, en relación con los siglos anteriores, de tratarse de guerras a nivel industrial con una terrible devastación como resultado del poderío de las armas utilizadas y los bombardeos aéreos, que alcanzaron su cenit no solo con la destrucción de ciudades enteras por toneladas de bombas incendiarias, sino con el lanzamiento de dos bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki.

En la actualidad —con la amenaza latente del peligro nuclear—, la tecnología reina sobre todos los demás elementos, y los bombardeos son casi siempre por misiles lanzados desde una considerable distancia o drones teledirigidos que cumplen la misma función, pero acercándose al blanco u objetivo. Eso sin tener en cuenta los bombardeos aéreos o desde buques de guerra hacia objetivos en tierra firme. Se busca la precisión, pero eso no quita la devastación que producen.

Sin embargo, y aunque suene paradójico, lo que nos interesa en este caso son las condiciones en que se encuentra la tierra luego de muchos años de paz y prosperidad en el mundo actual. No se trata de la tierra arrasada de los viejos conquistadores, que con el tiempo se recuperó de tamaños desatinos, sino las condiciones de deterioro, polución y toxicidad como resultado de una actitud francamente depredadora y cuya recuperación no se vislumbra tan sencilla como la que siguió a los terribles señores de la guerra de antaño o los misiles de hoy en día.

Sociedad en decadencia

El filósofo alemán Peter Sloterdijk afirma que «la decadencia europea es aún lo más atractivo que hay en el mundo como forma de vida, seguida por lo que queda del sueño americano». También, que «vivimos en una especie de burbujas de alto rendimiento y una vez que sales de ellas ves que es una ilusión de una minoría feliz». No puedo sino coincidir con esa afirmación porque, si recordamos las distintas decadencias a través de la historia, todo indica que se vivía muy bien en ellas y eso las hacía muy atractivas para migrantes de todo tipo que querían participar de esa posibilidad de vivir bien o, dicho de otra manera, tener la posibilidad de disfrutar de la vida como aquellos que viven en la burbuja feliz. Sin contar, por supuesto, con aquellos que ven con malos ojos tanta prosperidad y harán lo que puedan por destruirla, por razones que pueden ser políticas, tal vez religiosas o quizás sociales. Pero igualmente podría ser por simple resentimiento. Podríamos añadir que una decadencia dura lo que tenga que durar según sea el caso, por lo que pueden ser cien o cientos de años, pero ha de terminar con la destrucción por agotamiento de una forma de vida que ha dado todo de sí.

Ahora bien, el mantener esas burbujas de bonanza y alto rendimiento implica una cadena de suministros que han de ser transportados de un lugar a otro del planeta, una interconectividad de la que depende nuestra forma de vida. Sin olvidar, por supuesto, el problema de la energía, necesaria para mantener no solo los sistemas funcionando, sino el tipo de vida de alto consumo al que nuestra sociedad está acostumbrada.

Primero fue el carbón

El gran cambio, en relación con la forma de vida tradicional, vino con la máquina de vapor y la Revolución Industrial, desde fines del siglo XVIII, que va a coincidir con el cambio del sistema económico mercantilista —de mercado protecciónismo cuidando los intereses de cada nación y buscando una economía autosuficiente— al sistema económico capitalista, que promueve una apertura de mercados y libre circulación de bienes.





Para que esa máquina de vapor funcione, hay que calentar el agua que lo produce, y el mejor combustible va a ser el carbón. Prácticamente durante todo un siglo, la fuente de energía fundamental fue el carbón, lo que a su vez desarrolla una industria minera de grandes dimensiones, primero en Gran Bretaña y luego en muchos países que tenían la fortuna de poseer yacimientos carboníferos. El carbón es entonces «la» fuente de energía durante todo el siglo XIX y principios del XX. Es muy contaminante, pero en aquella época este era un tema que carecía de importancia o que simplemente se desconocía. Los mineros del carbón morían con afecciones pulmonares como la antracosis o neumoconiosis o enfermedad de pulmón negro como resultado de la exposición prolongada al polvo de la mina. Una historia real relacionada precisamente con el carbón fue la de la famosa niebla londinense, que durante décadas y todos los inviernos cubría completamente la ciudad. Esa niebla era el humo de los miles y miles de chimeneas de carbón que tenían en las casas de toda la ciudad para combatir el frío. A fines de la década de los cincuenta y a raíz de la motorización del país y la cantidad de accidentes de tráfico, se prohibió el uso de carbón para calefacción de las casas y la niebla desapareció.

Luego llegó el petróleo

El descubrimiento de yacimientos de petróleo en Estados Unidos y las múltiples formas de aprovecharlo cambió el paradigma del siglo XX. Los derivados del petróleo como gasolina, kerosene, bencina, etc., modificaron radicalmente la forma de vida, primero en EE.UU: y luego en el resto del mundo. Un elemento novedoso fue la invención del plástico a partir del petróleo, que literalmente ha de «invadir» la vida cotidiana en todas las formas imaginables. Como el plástico no existe en la naturaleza, no es recicitable ni se degrada como un producto natural. En pequeñas cantidades su impacto es mínimo, pero el volumen de su producción a nivel industrial ha alcanzado cotas difíciles de manejar. Sobre todo, por la cultura del desperdicio y pobre reutilización de materiales, lo que genera montañas de plástico de todas las formas imaginables, contaminando los océanos o acumulándolos en lugares remotos, como algunos lugares de África, donde aparentemente no se ven desde la burbuja, pero están y siguen contaminando.



Del petróleo surgen las carreteras y los vehículos que se desplazan por ellas. Es de esta forma como Estados Unidos reemplaza a Gran Bretaña como la potencia dominante en lo económico. Gran Bretaña llevó el ferrocarril a todo el mundo, incluyendo Estados Unidos, pero este devolvió el golpe con el motor de gasolina para coches, camiones, autobuses, etc., y la construcción de carreteras, hoy en día autopistas, para que estos puedan circular.

Algo interesante de recordar es que, cuando Henry Ford se iniciaba en la construcción de coches, otros inventores crearon el coche eléctrico, pero las patentes de esos coches fueron adquiridas por las compañías petroleras, que se encargaron de archivarlas donde nadie las viera y listo... hasta ahora en que, por necesidad, han reaparecido y se han convertido en tecnología «nueva» y punta.

La huella de carbono

La idea de la huella de carbono (el volumen total de gases de efecto invernadero que provocan las actividades cotidianas de una persona) más parece ser un invento de las compañías petrolíferas para culpar a los ciudadanos por usar lo que producen ellos.

Los grandes contaminadores son un 1% de la población con aviones privados y yates. Luego está el 10% que vive en Occidente con relativa comodidad (la burbuja), y luego el 70% u 80%, que consume mínimamente. A estos últimos se les considera «atrasados» porque se supone que no han llegado aún al nivel de vida que consideramos «normal» y... muy contaminante. Véase el caso de China, por ejemplo, que ha pasado en pocas décadas de una economía rural a una economía muy avanzada tecnológicamente y, en consecuencia, contamina con gran alegría porque se supone que eso es progreso; y una gran parte de la población, a su vez, ha pasado de ser rural a vivir en ciudades que crecen desmesuradamente con alto consumo de recursos, como la arena para preparar el hormigón que permite construir rascacielos. Eso sin contar con los desperdicios que producen esas grandes aglomeraciones llamadas ciudades modernas.

Los límites del crecimiento

Hace cincuenta años (1972) el primer informe del Club de Roma, encargado al Instituto Tecnológico de Massachusetts, se titulaba «Los límites del crecimiento». El estudio tuvo mucho impacto teórico, pero ninguno en la práctica. En él se afirmaba que, si las cosas continuaban igual (variables como la población, la industrialización, la contaminación, la producción de alimentos, la explotación de los recursos naturales, etc.), el planeta alcanzaría los límites absolutos de su crecimiento en un siglo.

En 1992, el club actualizó aquel informe con el título «Más allá de los límites del crecimiento», en el que se entendía que la humanidad ya había superado la capacidad de carga del planeta.

En 2004, se publicó una versión actualizada de los dos informes anteriores, titulada «Los límites del crecimiento treinta años después», en la que se afirmaba que no puede haber un crecimiento poblacional, económico e industrial ilimitado en un planeta de recursos limitados. Esto cuando aún no se hablaba de cambio climático.

A pesar de todo esto, se sigue midiendo la salud económica de los Estados por su crecimiento, ya que el mito del «progreso interminable» de que hablaba el profesor Jorge Ángel Livraga hace varias décadas, goza de perfecta salud. Esa idea de una evolución lineal siempre ascendente y mejor que todo lo anterior, carece por completo de lógica —nada crece interminablemente en la naturaleza— y solo se sostiene porque devino en credo ideológico de las élites gobernantes tanto en la burbuja «desarrollada» como fuera de ella.

¿Qué hacer ante todo esto?

Lo primero, entender o tratar de entender la época en que uno vive. El filósofo Zygmunt Bauman acuñó la frase «sociedad líquida» para describir un mundo en el que todo parece disolverse. La, así llamada, sociedad del conocimiento, dadas las facilidades que permite la tecnología, se ha convertido en la sociedad del desconocimiento. El filósofo Daniel Innerarity afirma que «en la era de la racionalidad triunfante, de la ciencia institucionalizada, de los avances tecnológicos y los sistemas inteligentes, aparece una constelación extraña: al mismo tiempo que la ciencia goza de un enorme reconocimiento, muchas personas recelan de ella, desde la mera desconfianza hasta el negacionismo extremo». Hoy en día hay gente desconfiada, temerosa, negacionista, paranoica y aun terraplanista. Lo dicho, la sociedad del desconocimiento avanza a pasos agigantados.

Hace unos cien años, G. K. Chesterton, dijo: «Nuestra época ha logrado a la vez el deterioro del ser humano y la más increíble perfección de las armas». Si consideramos que murió en 1936, fue de alguna manera afortunado, ya que se perdió todo lo que vino después, en ambos sentidos.





Vivimos lo que algunas culturas de la Antigüedad llamaban «la rebelión de los artefactos», cuando nuestras creaciones pasan de ser útiles porque nos ayudan y sirven, a ser los amos de nuestro tiempo y de nuestra vida. Es el caso de los teléfonos móviles, por ejemplo, sin los cuales muchas personas no podrían vivir, según dicen ellos o ellas. Pero ¿qué sucede con los millones de teléfonos móviles que descartamos, ya que se supone que hay que llevar el último modelo con las últimas aplicaciones?, ¿a dónde van a parar?, ¿qué se hace con sus componentes contaminantes? En el fondo no nos interesa, porque nuestra sociedad vive en una permanente fuga hacia adelante sin importar lo que quede atrás.

El ser humano

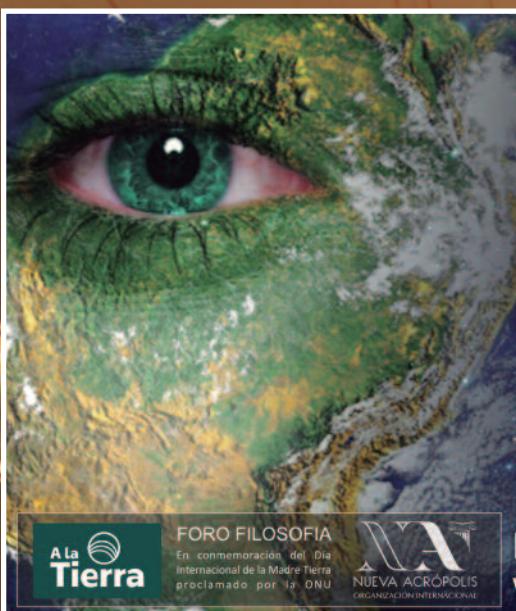
Una sociedad la hacen las personas, no surge de la nada, y la destruyen las personas con sus egoísmos y cortedad de miras. En aquellos que construyen las sociedades destaca el optimismo y la capacidad para enfrentar las dificultades, porque sus vidas tienen sentido y dejan huella para el futuro. La gran mayoría de los que viven en las decadencias, además de disfrutar de sus ventajas, muestran, además de un gran egoísmo, una notable indiferencia ante el posible resultado de sus acciones: les importa vivir bien, no las consecuencias de ello.

La clave entonces está en el ser humano y sus valores; mientras más espirituales sean estos y más elevadas sus aspiraciones, llegaremos al concepto de lo verdaderamente importante y trascendente y no a la glorificación de lo efímero e intrascendente.





Día internacional de la Madre Tierra



Del 18 al 23 de abril
www.nueva-acropolis.com



FORO FILOSOFIA
En conmemoración del Día
Internacional de la Madre Tierra
proclamado por la ONU



NUEVA ACRÓPOLIS
ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL



FORO FILOSOFÍA
En conmemoración del Día
Internacional de la Madre Tierra
proclamado por la ONU
www.nueva-acropolis.com

